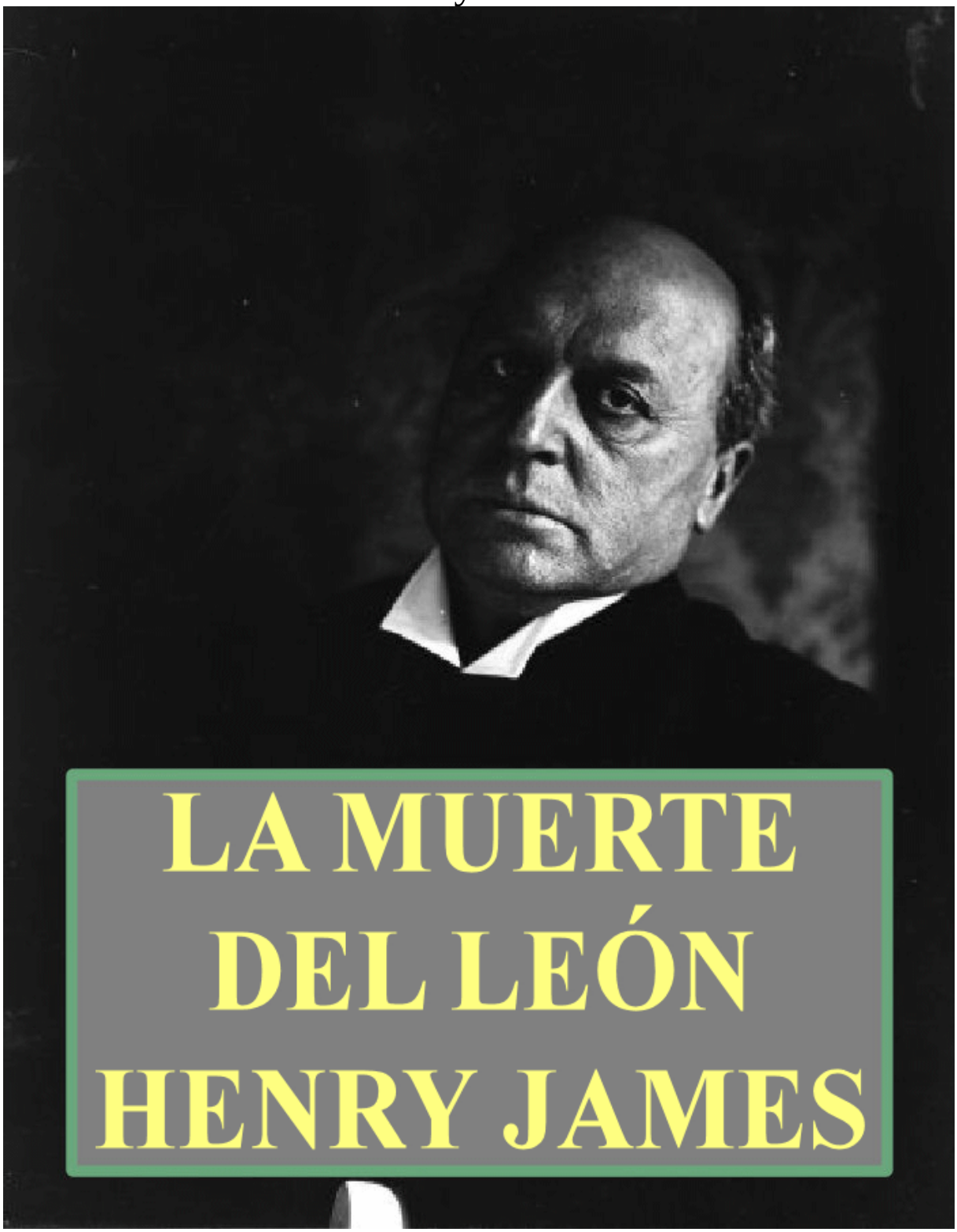
LA MUERTE DEL LEON

Henry James



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La Muerte del León[1]

[1] «Lion», en inglés, además de su sentido literal, tiene un valor figurado p.11 que el castellano «león» carece de correspondencia y que equivale a «persona buscada», «personaje importante o popular». Puede ser el caso de un artista que se invita a las reuniones y fiestas sociales por el prestigio que proporciona a las mismas con su presencia. El verbo derivado, «to lionize», equivaldría a una celebridad».

I

Sencillamente me imagino que se había operado un cambio en mi corazón y que dicho cambio debió iniciarse cuando el señor Pinhorn me devolvió mi manuscrito. El señor Pinhorn era mi «jefe», como llamábamos en la redacción al director, y había aceptado la elevada misión de sacar adelante el periódico. Tratábase de una publicación semanal y teóricamente ya no tenía remedio cuando el señor Pinhorn se hizo cargo de la misma. Quien había permitido que llegara a tan lamentable situación fue el señor Deedy: ahora jamás se mencionaba su nombre en la oficina, salvo para hacer referencia a su calamitosa gestión. Pese a mi juventud yo era en cierto modo una herencia de la época del señor Deedy, que además de director era el propietario; formé parte de un lote heterogéneo (lo más importante era el local y los muebles de oficina), del cual la pobre señora Deedy, abatida y de luto, se desprendió tras calcular su valor grosso modo. La única explicación que le encontré al hecho de continuidad se fundamentaba en la suposición de que yo había resultado barato. Me fastidiaba bastante la costumbre imperante de atribuirle todos los males a mi anterior protector, el cual yacía sin honores en la tumba; pero cuando logré hacerme a la situación encontré motivos suficientes para alegrarme de pertenecer a una plantilla. Al mismo tiempo era consciente de que me hallaba expuesto a que recayeran sospechas sobre mí por ser producto del antiguo sistema, ahora en descrédito. Esto me hacía sentirme doblemente obligado a tener iniciativas y no hay duda de que tal fue en el fondo el motivo por el que le propuse al señor Pinhorn coger mi humilde pluma y escribir un artículo sobre Neil Paraday. Recuerdo que al principio el señor Pinhorn me miró como si no hubiera oído hablar jamás de tan célebre personaje, el cual por aquel entonces, es cierto, no se hallaba ni mucho menos en la cúspide de la fama; incluso, después de que se lo hube explicado cabalmente, mostró muy poca confianza en el -interés que pudiera despertar el tema. Cuando le recordé que el gran principio bajo cuya advocación se suponía que trabajábamos consistía precisamente en generar el interés que nos fuera conveniente, él reflexionó unos instantes y a continuación me contestó:

-Ya entiendo; usted quiere promocionar a ese escritor.

-Si quiere usted expresarlo así.

-¿Y qué es lo que le induce a ello?

-¡Santo Cielo, pues la admiración que le profeso!

El señor Pinhorn apretó los labios.

-¿Y dará mucho juego?

-Todo el que pueda dar nos beneficia porque hasta ahora Neil Paraday es un asunto que nadie ha tocado.

Este argumento causó efecto y el señor Pinhorn respondió: -Muy bien, pues tóquelo usted- y a continuación agregó-: ¿Pero dónde puede usted tocarle?

-¡En el quinto espacio intercostal!

El señor Pinhorn se quedó mirándome:

-¿Y eso dónde está?

-¿Quiere usted que vaya a verle? -inquirí tras observar divertido su ostensible búsqueda de tan oscura región.

-Yo no «quiero» nada. La propuesta la ha hecho usted. Perodebe acordarse de que *ahora* hacemos las cosas así -dijo el señor Pinhorn, una vez más aludiendo despectivamente al señor Deedy.

Pese a que todavía no se me consideraba regenerado fui capaz de detectar las complejas resonancias implícitas en sus palabras. Al hacer referencia al director anterior, Pinhorn ponía de relieve la superioridad ética y profesional del nuevo propietario sobre su antecesor, uno de esos periodistas de baja estofa perfectamente capaces de falsear los hechos. Tan difícil hubiera sido que el señor Deedy me enviara a ver a Neil Paraday como que hubiera publicado un «número extraordinario de vacaciones»; pero semejantes escrúpulos le parecían meramente innobles economías a su sucesor, que practicaba la sinceridad llamando a los

timbres de las puertas y que definía el genio corno «el arte de encontrar a la gente en su casa». Parecía dar a entender que el señor Deedy publicaba reportajes sin que sus muchachos, como habría dicho Pinhorn, se hubieran presentado en el lugar de los hechos. Como he dicho, no se me consideraba regenerado y no deseaba enderezar la moralidad periodística de mi jefe, pues me parecía un abismo al que más valía no asomarse. En esta ocasión, además, acudir al lugar de los hechos convertía la idea de escribir algo sutil sobre Neil Paraday en algo tanto más sugestivo. Mi actitud sería tan considerada como le habría gustado al señor Deedy y sin embargo estaría presente en el lugar de los hechos, única manera correcta de hacer las cosas, según el señor Pinhorn. Pude adivinar que mi alusión al aislamiento en el que vivía el señor Paraday (lo cual' había sido parte de mi explicación, aunque era algo que sólo sabía de oídas) era en gran medida lo que le había hecho morder el anzuelo al señor Pinhorn. Le parecía contradictorio con el éxito de su periódico el hecho de que alguien viviera tan aislado. ¿No era acaso precisamente lo que el público quería, que las cosas salieran inmediatamente a la luz? El señor Pinhorn me llamó eficazmente al orden recordándome la prontitud con la que yo había acudido a Liverpool para ver a la señorita Braby cuando ésta regresó tras el descalabro que sufrió en los Estados Unidos. ¿Acaso no habíamos publicado, intactos aún su sabor y su frescura, la versión de la señorita Braby sobre aquel gran acontecimiento internacional? Me molestó un poco que el señor Pinhorn les diera el mismo tratamiento a la actriz y al escritor y confieso que, tras haber ganado su apoyo, retrasé un poco el proyecto. Había tenido más éxito del que deseaba y casualmente tenía entonces otros trabajos pendientes. Unos días después acudí a casa de Lord Crouchley y salí como portador triunfal de las declaraciones más ininteligibles hasta entonces publicadas en relación con su cambio de posición. Y así fue como di lugar a que en los diarios empezaran a aparecer columnas plagadas de virtuosismo verborreico. La semana siguiente me apresuré a presentarme en Brighton para charlar -término empleado por Pinhorn- con la señora Bounder, la cual me reveló muchos detalles curiosos relativos a su divorcio que no se habían mencionado ante los tribunales. Si alguna vez hubo un artículo que directamente dimanara de su fuente originaria, ése fue mi artículo sobre la señora Bounder. Para entonces, sin embargo, yo tenía muy presente que estaba a punto de aparecer el último libro de Neil Paraday, así como que me había apoyado en la inminencia de dicha aparición cuando le hice mi propuesta original al señor Pinhorn, el cual se sentía ahora molesto conmigo porque había perdido ya muchos días. Me despachó enseguida, para que al menos no se perdiera un día más. Siempre he pensado que sus súbitas alarmas eran un notable ejemplo de instinto periodístico. Desde la primera vez que hablé con él no había ocurrido nada que pudiera ser causa visible de urgencia ni tampoco cabía la posibilidad de que hasta él hubieran llegado nuevos datos. Era un caso clarísimo de *olfato* profesional: había detectado la proximidad de la gloria del mismo modo que los animales olfatean a su presa en la lejanía.

II

Mejor será que aclare inmediatamente que este breve relato no pretende en modo alguno ser una descripción ni de mi primer encuentro con el señor Paraday ni de los pasos que con dicho encuentro culminaron. El plan que ha de seguir mi narración no deja espacio para cosas semejantes, y en todo caso el recuerdo que de hora tan singular conservo lleva anejo un sentimiento que me prohibiría hacerlo. Estas breves notas tienen un carácter esencialmente privado, de modo que si ven la luz, ello significaría sencillamente que las insidiosas fuerzas que en nuestros días, tal como mi propio relajo evidencia, se hallan al servicio de la publicidad, habrían sobrepasado mis precauciones. En este lamentable drama el telón cayó hace aun. muy poco tiempo. Conservo del día en que llegué ante la puerta del señor Paraday un vívido recuerdo de su amabilidad, hospitalidad *y* comprensión, así como también recuerdo las esclarecidas palabras con que me recibió. Capté en el aire una voz misteriosa que me indicó el momento adecuado, un momento de la vida del escritor sumamente propicio para que

un joven se presentara inesperadamente en su casa y le rindiera vasallaje. Recientemente se había recobrado de una larga y grave enfermedad. Yo había acudido a una posada cercana donde pasaría aquella noche, pero compartí la velada con él y al día siguiente insistió en que durmiera bajo su techo. No podía ausentarme indefinidamente: el señor Pinhorn contaba con que acabáramos con nuestras víctimas al galope. Más tarde, en la oficina, al baile se le ponía la música adecuada. No obstante me hice fuerte, cosa que la experiencia me había enseñado, apoyándome en el convencimiento de que nada podría ser más ventajoso para mi artículo que escribirlo en su mismísimo ambiente originario. No le dije al señor Paraday nada al respecto sino que, por la mañana, después de trasladarme de la posada y mientras él estaba ocupado en su estudio, tal como me había notificado que le sería preciso hacer, acometí la labor de pasar al papel la quintaesencia de mis impresiones. Luego, creyendo que ganaría la aprobación del señor Pinhorn por mi celeridad, salí a la calle y eché al correo un pequeño paquete antes del almuerzo. Una vez escritos mis pliegos era libre de prolongar mi estancia, y si obrando así buscaba que la atención no se centrara en mí frívolo proceder, no pude menos de reflexionar con satisfacción que nunca me había comportado más inteligentemente. Por supuesto, no es mi intención negar que me daba cuenta de que el artículo estaba muy por encima de la capacidad del señor Pinhorn; pero era igualmente consciente de que el señor Pinhorn poseía la suprema sagacidad de reconocer de cuando en cuando los casos en los que un artículo no era muy malo por la sencilla razón de que era muy bueno. Nada le gustaba más que imprimir en el momento oportuno algo que le parecía detestable. Fui a ver al señor Paraday un lunes y el miércoles salió su libro. Con la primera entrega del correo llegó un ejemplar e inmediatamente después del desayuno Paraday me lo dio y me hizo pasar al jardín. Aquel mismo día lo leí de principio a fin y por la tarde mi anfitrión me pidió que siguiera con él hasta después del fin de semana.

Aquella noche el señor Pinhorn me envió devuelto mi manuscrito, acompañado de una carta que en esencia venía a expresar su deseo de saber qué pretendía al enviarle aquello. Si bien no exactamente su forma, tal era el significado de su interpelación, a la vista de la cual mi error se me apareció como algo inmenso. Dada la naturaleza de mi equivocación no me cabía sino afrontarla directamente y asumirla. Sabía en qué consistía el fallo, pero es que consistía exactamente en algo que a mí jamás podría salirme bien. Se me había enviado hasta allí al objeto de hacer algo que tuviera un tono personal y lo que yo había hecho no tenía nada de personal: había enviado a Londres un breve estudio, rebuscado y enfervorizado, del talento de mi escritor. Costaría trabajo concebir algo menos conforme a los objetivos del señor Pinhorn, quien estaba ostensiblemente irritado porque yo hubiera (a sus expensas, con billete de segunda clase) abordado el objeto de nuestro acuerdo con un resultado tan desmesuradamente alejado del fin perseguido. En cuanto a mí, yo sabía muy bien qué había sucedido: cuando llegué al lugar de los hechos se obró un milagro (tan hermoso como algunos milagros que aparecen en las leyendas antiguas) que me salvó. Primero hubo un poderoso batir de alas y el destello de una túnica opalina, y después un frío agitarse del aire y la sensación de que había descendido un ángel que me acogía en su seno. Sólo me retuvo hasta que hubo pasado el peligro. Todo ocurrió en un minuto. Cuando volví a tener el manuscrito en mis manos comprendí mejor aquel fenómeno, y son las reflexiones que me hice subsiguientemente a aquello a lo que al principio de esta anécdota me refería cuando hablaba de que se había operado un cambio en mi corazón. La nota del señor Pinhorn no era meramente una amonestación muy severa; era también una invitación a que le enviara (era conveniente expresarlo así) el auténtico artículo; aquel bosquejo vibrante y revelador que le había prometido, promesa a la que -única y exclusivamente-se debía el privilegiado despilfarro de mi misión. Una o dos semanasdespués remodelé el artículo culpable y, tras darle un nuevo enfoque, adaptándolo al reciente libro del señor Paraday, obtuve para él la hospitalidad de otro periódico. Debo admitir que el señor Pinhorn quedó plenamente justificado, pues mi artículo no tuvo el menor eco.

III

Para ser sinceros, al cabo del tercer día yo era un crítico muy parcial, de modo que cuando una mañana, estando en el jardín, Neil Paraday se ofreció a leerme algo que había escrito, le escuché conteniendo la respiración. Se trataba del bosquejo de otro libro, algo que había dejado de lado hacía mucho tiempo, antes de su enfermedad, y que recientemente había vuelto a sacar, para reconsiderarlo. Había estado trabajando en él hacia la fecha de nuestro primer encuentro, y tras la revisión, se encontró con un magnífico resultado. Era un escrito desenvuelto, desbordante, lleno de seguridad; hubiera podido pasar por una larga carta, chispeante y elocuente, donde la exuberancia se convertía en la voz del artista, que amorosamente hablaba del plan que se trazaba. El asunto lo encontré singularmente fecundo, sin duda lo de más fuerza que él había tratado hasta entonces; y el tratamiento familiar que le daba, al mismo tiempo cuajado de madurez y finura, era verdaderamente, invocando su esplendor en una imagen que lo resume, una mina de oro, un trabajo precioso e independiente. Recuerdo que, en mi ignorancia, me pregunté cómo era posible que aquella producción tardía tuviera un carácter tan jubiloso. Sea como fuere, cuando Paraday leyó la epístola me hizo sentir como si yo estuviera para beneficio de la posteridad, en estrecha comunicación con él, como si yo fuera la distinguida persona a quien iba tan afectuosamente dirigida. El mero hecho de que me contara aquellas cosas era una alta distinción. La idea que hizo llegar hasta mí en aquellos momentos tenía toda la frescura y la arrebatada belleza de una concepción intacta, jamás puesta a prueba: era Venus emergiendo del mar, antes de que los vientos la hubieran rozado. Nunca había sido testigo tan emocionado de una revelación como lo fui entonces. Pero cuando se desprendió de sus labios la última palabra, cerrándose una lectura en que los vocablos se desgranaban emitiendo un destello luminoso, lo que me recordó cuando los cajeros de los bancos cierran el recuento de un montículo de monedas, dejando caer en la bandeja el último soberano[2], entonces se apoderó de mí una alarma súbita y prudente.

-Querido maestro, ¿cómo va usted a hacerlo, a fin de cuentas?

-pregunté-. Es algo infinitamente noble, mas ¡cuánto tiempo se precisa, cuánta paciencia e independencia, cuánta tranquilidad, cuán perfectas condiciones exigirá! ¡Ojalá tuviera a su disposición una isla solitaria, bañada por un mar cálido!

-¿Acaso no viene esto a ser una isla solitaria, acaso no es usted, como medio circundante, un mar suficientemente cálido? -respondió, aludiendo con su risa a la maravilla de mi juvenil admiración y a los estrechos límites de su pequeño hogar de provincias-. No es tiempo lo que me ha faltado hasta ahora; la cuestión no ha consistido en encontrarlo, sino en darle un uso. Naturalmente, mi enfermedad ha originado una gran oquedad, pero me atrevo a decir que esa oquedad habría existido de todos modos. La tierra que pisamos tiene más agujeros que una mesa de billar. Ahora lo grandioso es que me mantenga en pie.

-Eso es exactamente lo quiero decir.

Neil Paraday me miró con ojos (aquellos ojos tan agradables) en los que, ahora que recuerdo la expresión de los mismos, me parece haber vislumbrado borrosamente su destino. Tenía cincuenta años, su enfermedad había sido cruel y su convalecencia lenta.

-No es que no me encuentre bien.

-¡Oh, si no se encontrara usted bien no le miraría! -dije afectuosamente.

Nos pusimos los dos de pie, estimulados por la plenitud sonora de todo aquello, y él encendió un cigarrillo. Yo había cogido otro y, respondiendo a mi exclamación con una sonrisa más intensa, lo rozó con la llama de su cerilla.

-¡Si no me encontrara mejor no habría pensado en esto! -dijo, blandiendo la epístola que llevaba en la mano.

-No quiero desalentarle, pero eso no es verdad -repuse-. Estoy seguro de que durante

[2] Un «sovereign» o «soberano» es una moneda de oro de valor de una libra esterlina que circulaba todavía en esa época.

los meses que ha pasado postrado por el dolor ha tenido atisbos sublimes. Se le han ocurrido un millar de cosas. Constantemente se le están ocurriendo, cada vez más. Eso es lo que le convierte, si me disculpa la familiaridad, en alguien tan respetable. A una edad en la que tanta gente está acabada, su aliento recibe un impulso renovado. ¡Pero de todos modos, gracias a Dios, está usted mejor! Y también gracias a Dios no es usted, tal como me decía ayer, «un hombre de éxito». Si usted no hubiera fracasado ¿de qué serviría intentarlo? Es mi única reserva respecto del asunto de su recuperación, que merced a ello usted «sube», empleando un lenguaje periodístico. Es algo que queda bien en los periódicos, y casi todo lo que queda bien en los periódicos es espantoso: «Nos alegra comunicar que el señor Paraday, el célebre escritor, goza nuevamente de excelente salud.» No sé por qué, pero no me gustaría verlo.

-No lo verá; no soy ni mínimamente célebre. Mi oscuridad me protege. ¿Pero ni siquiera soportaría mirar el periódico para saber si estoy vivo o muerto? ¯preguntó mi compañero.

-Muerto... *passe encare*[3]; no hay nada tan seguro. Nunca se sabe qué puede hacer un artista vivo... se ha llorado la muerte de tantos. Sin embargo hay que sacarle el peor partido; tiene usted que estar tan muerto como le resulte posible.

-¿No satisfago esa condición al acabar de publicar un libro? -Esperemos que adecuadamente, pues el libro es en verdad una obra maestra.

En aquel momento se abrió la modesta puerta de caoba que daba al jardín y, precedida del crujido de su falda, apareció la doncella, que preguntó tímidamente si servía jerez. Paraday vivía sin grandes gastos. Le pasaba la mitad de sus ingresos a su esposa, de quien había logrado separarse sin excesivo revuelo. Mi impresión, a raíz de una ocasión en la cual cené en Londres con su esposa, era que Paraday se había portado bien en el asunto de su separación. En aquel instante, el escritor se volvió para hablar a la doncella, que le presentaba una bandeja con una tarjeta o una nota, mientras yo, agitado, excitado, me dirigí al fondo del jardín. La idea de su seguridad se había convertido para mí en algo de la máxima importancia. Me pregunté si yo seguía siendo el mismo hombre que unos días antes había llegado allí con la intención. de propagar su nombre a los cuatro vientos. Cuando volví sobre mis pasos él había entrado en la casa y la mujer (había llegado el segundo correo de Londres) había dejado en un banco mis cartas y un periódico. Allí me senté y abrí las cartas, que me ocuparon poco tiempo, y después, sin mirar a quién iba dirigido, saqué el periódico de la faja que lo envolvía. Era un ejemplar de aquella misma mañana del diario que tenía más renombre de todos, *El Imperio.* A Paraday se lo enviaban con regularidad, aunque recordé que ninguno de los dos había hojeado aún el número recibido. Había una gran señal en la página del editorial y, alisando el arrugado envoltorio, vi que iba dirigido a mi anfitrión y que llevaba impreso el nombre de sus editores. Al instante adiviné que se hablaba de Paraday en *El Imperio* y aún no he olvidado la curiosa sorpresa que me causó aquella circunstancia. Dejé a un lado el periódico, momentáneamente privado de la menor gana de leerlo. Estando allí sentado, escuchando los latidos de mi corazón, creo que tuve una visión de la carta que muy pronto iba a dirigirle al señor Pínhorn, rompiendo con él. Naturalmente, unos instantes después resonaba en mis oídos la voz de *El Imperio.*

Le di las gracias al cielo porque no era una reseña; era un artículo de fondo, el último de una serie de tres en los que se presentaba ante la raza humana a Neil Paraday. Su último libro, el quinto salido de sus manos, sólo llevaba un par de días en la calle y *El Imperio* disparaba, como si del nacimiento de un príncipe se tratara, una salva de salutación que ocupaba toda una columna. Los cañones llevaban tres horas disparando en el interior de la casa sin que nosotros lo sospecháramos. Aquel periódico importante y estridente había descubierto al escritor y ahora lo proclamaba, ungía y coronaba. Se le asignó su lugar tan notoriamente como

[3] *todavía no.*

si un corpulento ujier le hubiera indicado con un bastón la silla más alta; había de subir y subir, cada vez más alto, entre los rostros que le seguían y las expresiones de envidia, muy arriba, hasta alcanzar el estrado donde se alzaba el trono. El artículo marcaba un hito: Neil Paraday había alcanzado la excelsitud de golpe; se había despertado convertido en una gloria nacional. Hacía falta unagloria nacional y resultaba sumamente oportuno tenerla a mano. Lo que todo esto significaba me arrolló y terno que sentí un ligero desfallecimiento; significaba muchísimo más de lo que yo podía aceptar en el momento. Hubo un destello y, no sé cómo, todo resultaba diferente; la tremenda oleada que me arrolló arrastró algo consigo. Supongo que debió derribar mi pequeño altar, al que me había acostumbrado, con sus velas centelleantes y sus flores. En su lugar se alzaba ahora un templo amplio y desnudo. Cuando Neil Paraday saliera de la casa lo haría transformado en un contemporáneo. Eso era lo que había sucedido: a aquel pobre hombre iban a adaptarlo forzosamente a la horrible época en que le había tocado vivir. Me daba la sensación de que lo habían sorprendido en la cima de un monte y lo habían devuelto a la ciudad. Un poco más y habría logrado descender por el atajo que lleva a la posteridad y a escapar.

IV

Cuando Paraday salió al jardín daba exactamente la impresión de que lo habían tenido bajo custodia, pues junto a él caminaba un hombre corpulento que tenía una gran barba negra y que, de no ser porque llevaba gafas, habría podido pasar por policía. Cuando me fijé mejor reconocí en él a la más importante empresa contemporánea.

-Le presento al señor Morrow -dijo Paraday, que tenía, pensé, un aspecto bastante pálido-: quiere publicar sabe Dios qué sobre mí.

Puse mala cara, recordando que aquello era exactamente lo que había querido hacer yo.

-¿Ya? -exclamé con la sensación de que mi amigo huía, buscando mi protección.

El señor Morrow sin perder su gesto agradable me lanzó a través de las gafas una mirada feroz que confirmaba las palabras de Paraday. Las gafas hacían pensar en los faros eléctricos de una monstruosa nave moderna; sentí como si sus bandazos nos zarandearan aterrorizados a Paraday y a mí. Vi que su fuerza era irresistible.

-Confiaba en ser el primero en llegar -declaró-. Naturalmente hay un gran interés por conocer el entorno del señor Paraday.

No tenía la menor idea de eso -dijo Paraday como si le hubieran dicho que había estado roncando.

Resulta que el señor Paraday no ha leído el artículo que ha aparecido en *El Imperio* -me comentó el señor Morrow-. Es interesantísimo... podemos empezar por ahí -sonrió. Se estaba quitando los guantes, que eran violentamente nuevos, y lanzaba miradas alentadoras en torno al jardincillo. Percibí que había tomado nota de mí, como parte del «entorno»; yo era un pececillo alojado en el estómago de un pez más grande-. Represento -prosiguió nuestro visitante- a una cadena de influyentes diarios, nada menos que treinta y siete, cuyo público, cuyos públicos, como muy bien puedo decir, sintonizan singularmente con la línea de pensamiento del señor Paraday. Les gustaría mucho que éste expresara sus opiniones respecto del arte que tan brillantemente practica. Además de mi conexión con la cadena que acabo de mencionar, me ha encomendado una misión especial *El Hablador*[4], cuya sección más destacada, «Notas y

[4] Mientras que *The Empire* suena a nombre ficticio, *The Tatler (El Hablador)* es el título de uno de los primeros grandes periódicos del siglo XVIII al que se asocian, entre otros, los nombres de Addison y Steele, que tanto contribuyeron a la creación en el ámbito de la literatura inglesa del ensayo como nuevo género literario. Su publicación duró de 1709 a 1711. Con el mismo titulo se publicó un diario de 1830 a 1832 y más tarde se revivió como semanario entre 1887 y 1889.

Comentarios» (me atrevo a pensar que habrán disfrutado muchas veces con ella), tanto llama la atención. Esta semana pasada, en mi calidad de representante de *El Hablador,* me ha honrado con su confianza Guy Walsingham, la autora de «Obsesión». Se mostró enteramente satisfecha de cómo explico su método; incluso llegó a decir que gracias a mí comprendía mejor su propio genio.

Neil Paraday se dejó caer sobre el banco del jardín y allí quedó, a la vez distante y confuso; miraba fijamente un punto del césped donde no había nada, como si fuera presa de una inquietud que súbitamente le hubiera puesto un humor sombrío. Su visitante interpretó que su actitud era una amable invitación a que se sentara en una silla de mimbre que se hallaba muy próxima, y cuando el señor Morrow se hubo de tal guisa acomodado tuve la sensación de que había tomado posesión oficial y que ya no había remedio. Había oído a la gente hablar del infortunio de que se meta alguien en casa, y eso era exactamente lo que nos sucedía a nosotros. Se hizo un silencio momentáneo, durante el cual dio la impresión de que Paraday y yo nos incliná-bamos ante la presencia del destino universal del único modo en que era posible hacerlo; ni el sol ni la plenitud reinantes se apiadaron de nosotros, y mis pensamientos (al igual, estoy seguro, que ocurría con los de Paraday) cambiaron radicalmente de signo durante aquellos instantes. Vi claramente que mi respuesta al señor Pinhorn debería ser enérgica, así como que, puesto que había venido con la intención de traicionar a Paraday, al igual que el señor Morrow, ahora tenía la obligación de permanecer a su lado cuanto fuera posible, a fin de salvarlo. No porque le hubiera hecho dar un paso atrás a mi mente sino porque aún resonaban en mis oídos las últimas palabras de nuestro visitante, al poco pregunté con lúgubre irrelevancia si Guy Walsingham era una mujer[5].

-Sí, sí, es un simple seudónimo; pero, ya sabe, es conveniente tratándose de una dama partidaria de que se liberalicen las costumbres imperantes. «Obsesiones, por la señorita Fulana de Tal» sonaría un tanto raro, pero los hombres son por naturaleza más indelicados. ¿Le ha echado un vistazo a «Obsesiones»? -prosiguió el señor Morrow, dirigiéndose afablemente a nuestro acompañante.

Paraday, aún lejano, como ausente, no contestó, como si no hubiera oído la pregunta; actitud que al alegre señor Morrow le pareció tan válida como cualquier otra. Dotado de una tranquilidad a toda prueba, Morrow era también un hombre de recursos; lo único que necesitaba era estar presente en el lugar de los hechos. Durante el tiempo que Paraday y yo estuvimos absortos en nuestros pensamientos él tomó nota mentalmente de todo el lugar. Me imaginé que ya habría dado con los titulares de su artículo. De todos modos, su sistema se vio justificado cuando, sin poder evitarlo, respondí, queriendo sacar del apuro a mi amigo:

-¡Pues claro que no lo ha leído! El señor Paraday no lee esas cosas -añadí, imprudentemente.

-Cosas demasiado atrevidas, ¿eh?

No había duda de que para el señor Morrow yo era un regalo llovido del cielo. Aquél era el momento psicológico adecuado; provocó la aparición de su cuaderno, que de momento, sin embargo, mantuvo ligeramente escondido por detrás, igual que el dentista oculta sus horribles tenazas cuando se acerca a su víctima. El señor Paraday guarda las conveniencias a la antigua usanza. ¡Ya veo! Y pensando en los treinta y siete diarios influyentes me vi a mí mismo, así como al pobre Paraday, contemplando impotentemente la promulgación de aquella muestra de ineptitud.

-No hay asunto en el que las opiniones distinguidas sean tan aceptables como en esta cuestión (de la que hace bandera Guy Walsingham quizá con mayor fuerza que nunca) de la licitud de actitudes más libres. La semana que viene tengo una cita precisamente relacionada con esto; con Dora Forbes, que ha escrito «Al Revés», libro del que habla todo el mundo. ¿Ha

[5] Guy, como nombre propio, lo es de varón.

ojeado el señor Paraday «Al Revés»?

Ahora el señor Morrow me preguntó directamente a mí. Me encargué de repudiar tal supuesto, en tanto nuestro compañero, todavía en silencio, se ponía en pie nerviosamente y se alejaba. El visitante no le prestó atención a su retirada; se limitó a abrir el cuaderno con gesto más maternal.

-Tengo entendido que Dora Forbes es de la opinión, al igual que Guy Walsingham, de que es inevitable el advenimiento de una mayor libertad en las costumbres. El sostiene que es algo que hay que afrontar a las claras. Por supuesto, su sexo masculino hace de él un testigo con menos prejuicios. Pero unas palabras autorizadas del señor Paraday -desde el punto de vista de su sexo, ya sabe- darían la vuelta al mundo. ¿Opina el señor Paraday que no haya que abordar la cuestión a las claras?

Me quedé desconcertado: no sé por qué aquello sonaba como si hubiera tres sexos. El lápiz de mi interlocutor aguardaba en suspenso, mi responsabilidad era grande. No obstante me limité a seguir sentado, mirando, y sólo tuve presencia de ánimo para decir:

-¿Esa señorita Forbes es un caballero?

El señor Morrow dudó un instante, sonriendo.

-«Señorita» no sería el término adecuado... ¡Hay una esposa!

-Quiero decir si es un hombre.

-¿La esposa?

Por un momento el señor Morrow pareció estar tan confundido como yo. Pero cuando le expliqué que me refería a la persona de Dora Forbes me informó, visiblemente divertido por el hecho de que yo supiera tan poco de aquello, que se trataba del seudónimo de alguien inequívocamente masculino: tenía un poblado bigote pelirrojo. Adopta una personalidad femenina simplemente porque las damas gozan gran-. demente del favor popular. Esta personalidad fingida despierta mucho interés y todo parece indicar que van a surgir muchos imitadores.

En aquel momento volvió a unírsenos nuestro anfitrión y el serio,: Morrow le invitó a participar en la conversación, comentándole que le haría feliz tomar nota de las observaciones que le sugiriera al señor Paraday el movimiento en cuestión (la búsqueda del éxito bajo un seudónimo femenino). Pero el desdichado Paraday, sin captar la alusión, se excusó, alegando que, si bien se sentía muy honrado por el interés de su visitante, se encontraba mal de repente, viéndose obligado a despedirse de él: tenía que acostarse y guardar reposo. Su joven amigo podía responder perfectamente por él, pero confiaba en que el señor Morrow no esperase gran cosa ni siquiera de su joven amigo. Su joven amigo miró en aquel momento a Neil Paraday con preocupación, preguntándose con gran inquietud si no iría a caer enfermo; pero el mismo rostro amable de Paraday contestó su pregunta tranquilizadoramente, pareciendo decir con una mirada suficientemente inteligible:

-Oh, no estoy enfermo, sino asustado: sáquelo de la casa con e: menor revuelo posible.

Sacar periodistas de la casa era un extraño encargo para hacérselo a un emisario del señor Pinhorn y me pareció una idea tan regocijante que cuando Paraday ya se alejaba le dije:

-¡Lea el artículo de *El Imperio* y pronto se sentirá bien!

V

-¡Ha sido un detalle delicioso por in¡ parte haber venido personalmente para decírselo! -exclamó el señor Morrow-. Veinte minutos después de que dejaran *El Imperio* en mi mesa de desayuno, mi cabriolé aguardaba en la puerta. Bien ¿qué tiene usted para mí? -prosiguió, dejándose caer nuevamente en la silla, de la cual, sin embargo, se levantó un instante después-. He visto el salón, pero habrá más cosas que ver: su estudio, su sanctasanctórum literario, las cosillas que tenga allí, o bien objetos domésticos y otras pertenencias. No se habrá acostado en la mesa del estudio, digo yo. El escenario donde surgen los trabajos de un escritor despierta

siempre un gran interés. A veces se nos concede que echemos vistazos que resultan de lo más encantador. Dora Forbes me enseñó todos los cajones de su escritorio. ¡Casi me aplasta una mano que rápidamente introduje en uno de ellos! No le pido una cosa así, pero si pudiéramos hablar de todo esto justamente donde Paraday se sienta a trabajar, me da la sensación de que daríamos con la clave.

No tenía ningún deseo de ser descortés con el señor Morrow; yo era una persona muy avanzada en aquellos lides y prefería otros medios más seguros. Una inspiración súbita me hizo oponerme radical y casi supersticiosamente a que aquel sujeto cruzara el umbral del estudio pequeño, solitario, modesto y sagrado donde trabajaba mí amigo.

-No, no... No nos acercaremos a su vida de ese modo -dije-. Hay que acercarse a su vida... ¡Pero espere un momento!

Me interrumpí y entré en la casa velozmente; al cabo de tres minutos reaparecí ante el señor Morrow con los dos volúmenes del último libro de Paraday.

-Aquí está su vida -proseguí-. Me hallo tan impregnado de las maravillas que encierra, que soy incapaz de hablar de ninguna otra cosa. La vida de un artista es su obra y ésta es el lugar desde donde hay que observarle. Cuanto Paraday tiene que decirnos nos lo dice mediante el resultado perfecto de su labor. Señor mío, la mejor entrevista la hace quien mejor lee.

El señor Morrow protestó amablemente.

-¿Quiere usted dar a entender que no se nos debería abrir ninguna otra fuente de información?

-Ninguna otra en tanto ésta (con mucho la más copiosa) no haya sido enteramente apurada. ¿La ha apurado usted, señor mío? ¿La apuró usted antes de venir aquí? Me parece que la hemos ignorado casi enteramente durante el tiempo de que hemos dispuesto y no cabe duda de que deberíamos hacer algo para reparar su dañado prestigio, Tal es el proceder que el propio artista, a cada paso, y con tan conmovedora confianza, nos marca. El último libro del señor Paraday está cuajado de revelaciones.

-¿Revelaciones? -dijo entrecortadamente el señor Morrow, a quien había obligado a sentarse de nuevo.

-De la única clase que cuenta. Se dice, con perfección que me parece definitiva, todo lo que el autor piensa, por ejemplo, de esa corriente que aboga por una mayor libertad de costumbres.

-¿Dónde aparece eso? -preguntó el señor Morrow, que había cogido el segundo volumen y dejaba pasar las hojas insinceramente.

-En todas partes; en el tratamiento global. Extraiga las opiniones, encuentre las respuestas: ésos son verdaderos actos de homenaje.

Al cabo de un minuto el señor Morrow soltó el libro.

-Ya, pero no debe usted tomarme por un crítico.

-¡El cielo impida que le tome por algo tan espantoso! Usted ha venido hasta aquí para celebrar un pequeño homenaje que dé fe de su reconocimiento, y le confieso que a eso mismo he venido yo. Rindámosle homenaje juntos. Estas páginas están cuajadas de los testimonios que buscamos: leámoslas, paladeémoslas e interpretémoslas. Sin duda usted ya se habrá percatado por sí mismo de que no se lee verdaderamente a Neil Paraday en tanto no se lee en voz alta: transmite al oído extraordinarias cualidades y únicamente sometiéndose confiadamente a dicha prueba es como uno se aproxima auténticamente a su estilo. Vuelva a coger el libro y permítame que le escuche mientras usted exterioriza el maravilloso capítulo quince. Si experimenta usted la sensación de que no es capaz de hacerle justicia, dispóngase a prestar atención mientras yo *le leo* (creo que sabré hacerlo bien) el capítulo nueve, no menos admirable.

El señor Morrow me lanzó una mirada tan contundente como un golpe entre ceja y ceja; había enrojecido y en el interior de su mente se había configurado una pregunta que alcanzó

mi entendimiento con la misma nitidez que si la hubiera formulado: «¿Qué clase de imbécil es usted?» Entonces se puso en pie, recogió los guantes y el sombrero, y se abotonó la chaqueta, proyectando ávidamente, por, todo el lugar la notoria transparencia de su máscara, la cual parecía iluminar la calle Fleet[6], confiriéndole misteriosamente al lugar donde estábamos en realidad un aspecto angustiosamente humilde: allí había tan poco en que fijarse, a menos que contara las burbujas que exhibía el revestimiento de estuco o encontrara un modo de sacarle partido a las rosas. Hasta las pobres rosas eran de especies vulgares. Al poco su mirada recayó en el manuscrito que me había estado leyendo Paraday, el cual se encontraba aún encima del banco. Cuando mi mirada siguió la suya, vi que el manuscrito tenía un aspecto prometedor, como si en su interior hubiera germinado una semilla y palpitara suavemente con la vida que le había transmitido Paraday al leerlo. El señor Morrow hizo un ademán con la cabeza, al tiempo que apuntaba con el paraguas.

-¿Qué es eso?

-Oh, es un proyecto... un secreto.

-¡Un secreto!

Hubo un momento de silencio y a continuación el señor Morrow efectuó otro movimiento. Es posible que me equivocara, pero interpreté que aquel impulso era la traducción del deseo de apoderarse del manuscrito, y ello me indujo a adelantarme, cogiéndolo rápidamente, lo cual es muy posible que pareciera torpe o incluso impertinente. En todo caso, tras aquello, quedaron los dos admiradores del señor Paraday mirándose intensamente el uno al otro, muy derechos, uno de ellos con un fajo de papeles oculto tras la espalda. Un instante después, el señor Morrow me abandonaba bruscamente, como si efectivamente se llevara algo. Para tranquilizarme, mientras veía alejarse sus anchas espaldas, sujeté con más fuerza el manuscrito. Se dirigió hacia la puerta trasera de la casa, por donde había aparecido, pero cuando asió el picaporte se la encontró cerrada. Así pues, se dirigió al jardín delantero dando un rodeo; agucé el oído y al poco comprobé que la puerta de la valla exterior se cerraba de golpe tras él. Volví a pensar en los treinta y siete diarios influyentes y me pregunté cuál sería su venganza. Me apresuro a añadir que obró magnánimamente: lo cual era precisamente lo peor que podía hacer. *El Hablador* publicó un reportaje encantador, desenfadado y de tono familiar sobre la «vida hogareña» del señor Paraday. Transportado en las alas de los treinta y siete diarios influyentes, el artículo, empleando la expresión del señor Morrow, dio la vuelta al mundo.

VI

Una semana después, a principios de mayo, mi glorificado amigo vino a la ciudad, donde (como más adelante se comprobará fehacientemente) aquel año fue el rey de los animales. Jamás se vio progreso más rápido ni exaltación más completa, jamás hubo nadie mejor dispuesto a salir de su desconcierto y aprender. Su libro se vendió sólo moderadamente, pese a que el artículo de *El Imperio* obrara insólitas maravillas en su favor; pero su persona circuló de un modo que bien pudiera haber envidiado las bibliotecas. Se había descubierto su fórmula; Paraday era una «revelación». Su terror pasajero había sido algo real, exactamente igual que el mío: el nublarse de su ferviente deseo de que le dejaran acabar su obra. Neil Paraday distaba mucho de ser insociable, pero jamás conocí a nadie que tuviera un sentido de la independencia tan acusado como el suyo. Sin embargo, por aquel entonces cosechaba beneficios allí donde parecía tenerlos más a mano, y llevaba el bolsillo repleto de sofismas portátiles sobre la naturaleza de la labor artística. Observar era además una forma de trabajo y la experiencia una forma de éxito; las cenas londinenses le servían todas como material y las damas londinense suponían una fructífera labor.

-Ninguna tiene la menor idea de lo que estoy experimentando -me dijo-, y no hay

[6] Fleet Street, en Londres, es la calle que tradicionalmente se asocia con la prensa inglesa. En ella se encuentran, casi desde el origen del periodismo, las sedes de los más importantes periódicos del país.

muchas que hayan leído tres páginas mías; pero primero tengo que cenar con ellas... ya averiguarán por qué cuando tengan tiempo.

Quizás fuera aquélla una forma de justicia bastante severa; pero el cansancio tenía el mérito de adoptar una forma novedosa y después de toda aquella ciudad fantasmagórica probablemente tenía menos de campo de batalla que su asediado estudio. En una ocasión me dijo Paraday que después de los cuarenta no había en su vida personal nada de lo que cupiera hablar, pero que con anterioridad había habido más de lo que le convenía. Londres cerraba el paréntesis y mostraba al escritor cultivando relaciones sociales; entre ellas una de las más difíciles de evitar era la que lo llevó al encuentro de la señora Weeks Wimbush, esposa del acaudalado cervecero y propietario de una casa de fieras donde había toda clase de animales. En este establecimiento, como todo el mundo sabe, cuando hay grandes aglomeraciones, los animales se rozan libremente con los espectadores y los leones se pasan tardes enteras entremezclados con los corderos.

Presagié claramente desde un principio que en la persona de Neil Paraday creía aquella dama (la cual, todo el mundo convenía en ello, era portentosamente divertida) haber dado con una atracción de primer orden, una criatura de rareza casi heráldica. Nada había que sobrepasara su entusiasmo por aquella captura y nada había que sobrepasara los confusos temores que la misma en mí despertaba. Aquella dama me inspiraba un miedo instintivo que intenté ocultarle a su víctima sin conseguirlo, si bien permitía que ella lo percibiera con perfecta impunidad. Paraday se dio cuenta pero ella jamás lo advirtió, pues poseía la conciencia de un niño travieso. Era la señora de Wimbush una fuerza ciega y violenta a quien me resultaba imposible asignarle mayor noción de lo que es la responsabilidad de la que pueda tener un letrero que chirría batido por el viento. Era difícil decir qué aportaría la señora Weeks Wimbush, dejando aparte una intensa vida social. Estaba hecha de cuero y acero y lo único que yo le pedía con respecto a nuestro maleable amigo era que no lo manejara hasta el punto de acabar con él. Paraday aceptó actuar temporalmente como si fuera de caucho, pero mis pensamientos no se apartaban del día en que volviera a asumir su forma habitual, o al menos regresara a su refugio. Era evidente que todo iba bien, pero yo iba a alegrarme cuando todo se hubiera acabado de una vez. Sobre todo temía una cosa; seguía siendo imborrable la impresión de aquella hora en que, tras la partida del señor Morrow, me encontré a mi amigo echado en el sofá del estudio. El pretexto de que se encontraba indispuesto no tenía, ni muchísimo menos, como fin, hacer un desaire al enviado de *El Hablador*. Era muy cierto que se fue a tumbarse. Notó que volvían a asomar sus antiguos dolores, como consecuencia de la agitación en que le sumía la apertura forzosa de un nuevo período. Era menester cambiar su antiguo programa, incluso su antiguo ideal. Dijérase lo que se dijera el éxito era una complicación y si el mundo le rendía pleitesía, él estaba obligado a responder de idéntico modo. La vida monástica, píamente entregada a iluminar el misal en la celda del convento, era cosa del pasado. Aquello no era razón para desesperarse pero exigía al menos un reajuste. En aquella ocasión, antes de que yo me separara de él, hicimos un trato: mi papel consistiría en cuidar de él. Frente a quienes demostraran interés por su presencia (un presentimiento místico me hizo pensar en la señora Weeks Wimbush) yo mostraría interés por su trabajo o, dicho de otra manera, por su ausencia. Eran dos intereses sustancialmente contrapuestos; y dudo mucho, pues la juventud es fugaz, que vuelva a conocer jamás gozo tan intenso como el que experimenté deseando convertirme en un ser odioso en aras de tan noble causa.

Un día, en la calle Sloance, me hallaba interrogando al casero de Paraday, que había acudido a la puerta en respuesta a mi llamada. Había dos vehículos parados delante de la casa, un birlocho y un elegante cabriolé.

-¿En la sala de estar, señor? La señora Weeks Wimbush.

-¿Y en el comedor?

-Una joven, señor... está esperando. Creo que es extranjera.

Eran las tres y los días que no comía fuera aquellas horas muertas eran valiosas para

Paraday. ¿Qué días, empero, no comía fuera nuestro querido amigo? Cuando acontecía tan insólito evento, la señora Wimbush se apresuraba a presentarse inmediatamente, una vez terminado su propio refrigerio, Acudí primero al comedor, aplazando el placer que me aguardaba en el piso de arriba, de ver cómo la dama del birlocho comprendía el sentido de mi solícita actitud. Nadie tenía más interés que ella porque Paraday sólo hiciera lo que fuera bueno para él, y siempre se hallaba presente a fin de comprobarlo. Se citaba con él para hablar de cuáles eran los medios que mejor le permitirían economizar su tiempo y proteger su intimidad. Además hizo de la salud del escritor asunto de su especial incumbencia y se sentía tan acorde con mi propio celo al respecto que llegó a contar unas historias muy graciosas en las que refería las cosas a las que mi devoción me había obligado a renunciar. Yo no renuncié a nada (al señor Pinhorn no lo cuento) porque no tenía nada, y todo lo que de, momento había conseguido era encontrarme también dentro de la casa de fieras. Acudí raudo a salvar a mi amigo y sólo logré que me domesticaran y me enjaularan; de modo que no podía hacer nada por Neil Paraday, excepto intercambiar con él por encima de las cabezas de la gente miradas de inteligencia tan intensas como fútiles.

VII

La joven que se hallaba en el salón tenía un rostro valiente, pelo negro, ojos azules y un grueso volumen en el regazo.

-He venido a por su autógrafo -dijo cuando le expliqué que era mi. misión recibir a las personas que iban a ver a Paraday cuando el escritor estaba ocupado-. Llevo media hora esperando, pero estoy dispuesta a seguir haciéndolo durante todo el día.

No sé si fue esto lo que me reveló que era americana, pues no es una característica generalizada entre los de aquel pueblo la propensión a hacer cosas como pasarse un día entero esperando. Probablemente me lo indicó no tanto el espíritu de lo que dijo como ciertas peculiaridades de su habla. En todo caso advertí que ella, personalmente, sí tenía paciencia, además de un vestido precioso, y una expresión que animaba sus bonitas facciones igual que la brisa juega entre las flores. Dejó el libro encima de la mesa y me enseñó un voluminoso álbum, ostentosamente encuadernado y lleno de autógrafos valiosos. El conjunto de notas caligráficamente desvaídas, «pensamientos» todavía más desvaídos, citas, lugares comunes y firmas revelaban una determinación formidable.

-La mayor parte de la gente se lo solicita al señor Paraday por carta, sabe -dije.

-Sí, pero no contesta. Le he escrito tres veces.

-Muy cierto -reflexioné-; la clase de carta a que se refiere va directamente al fuego.

-¿.Cómo sabe a qué clase me refiero? -mi interlocutora se había ruborizado y sonreía; un instante después añadió-: ¡No creo que reciba muchas así!

-Estoy seguro de que son cartas bellamente escritas, pero él las quema sin leerlas.

No agregué que yo le había dicho que debía proceder así. -¿Y no corre peligro de quemar cosas importantes?

-Lo correría si no hubiera hombres distinguidos con un olfato infalible para detectar las tonterías.

Me miró un momento; su rostro era dulce y alegre.

-¿También quema usted cosas sin haberlas leído? -preguntó.

Respondí asegurándole que si me confiaba su depósito de firmas me ocuparía de que el señor Paraday estampara en él la suya.

Lo consideró brevemente.

-Eso está muy bien pero seguiría sin verle.

-¿Tiene grandes deseos de verle?

Resultaba descortés someter a interrogatorio a una criatura tan encantadora pero, no sé por qué, me tomé mis deberes para con el gran autor con más seriedad que nunca.

-Lo suficiente como para haber venido desde América a tal fin. La miré de hito en hito.

-¿Completamente sola?

-No creo que eso sea precisamente asunto suyo; pero si sirve para hacer más conmovedora mi solicitud le confesaré que viajo totalmente sola. Tenía que venir sola o no venir.

Era una persona interesante; cabía imaginarse que hubiera perdido a sus padres, sus protectores naturales; incluso cabría pensar que hubiera heredado dinero. La fase por la que entonces atravesaba mi fortuna me hacía ver en el hecho de tener un cabriolé esperando a la puerta un gesto de mero ostentación. Sin embargo, al tratarse de una estratagema de aquella muchacha sensible y audaz, se convertía en algo romántico (en parte de la aureola de romanticismo que le envolvía: su libertad, su cometido, su inocencia). La confiada seguridad de las jóvenes americanas era algo notorio y prontamente aquí la convicción de que no cabía imaginar impulso más generoso que el que en aquel caso se había dado. En aquel momento preví que merced a tal impulso ella iba a convertirse en peculiar objeto de mi cuidado, al igual que merced a las circunstancias ocurriera con Neil Paraday. Sería otra persona de la que tendría que ocuparme y mi honor quedaría comprometido a guiarla rectamente. Estas cosas las vi más claramente después; en aquel instante me sentí lo suficientemente escéptico como para hacerle la observación, mientras pasaba las páginas de su volumen, de que su red había atrapado de todos modos muchos peces gordos. Parecía haber tenido acceso fructífero a los grandes de la tierra; además había personas cuyas firmas presumiblemente habría logrado sin mediar una entrevista personal. No era posible que hubiera importunado a George Washington, Friedrich Schiller y Hannah More[7]. Respondió a este argumento, para sorpresa mía, prescindiendo del álbum sin el menor reparo. Ni siquiera era suyo; ella nada tenía que ver con la obtención de aquellos tesoros. Pertenecía a una amiga de su país, una joven que vivía en una ciudad del oeste. Dicha joven insistió en que se lo trajera para conseguir más autógrafos: pen-saba que en Europa tal vez les gustara ver en compañía de quiénes se hallarían. La amiga, la ciudad del oeste, los nombres inmortales, aquel curioso cometido, su fe idílica, todo ello constituía para mí una historia tan extraña y seductora como un cuento de *Las mil y una noches.* Así fue como llegó a manos de mi informadora aquel pesado tomo; pero se apresuró a asegurarme que era la primera vez que lo sacaba. Con respecto a su visita al señor Paraday, el álbum era un mero pretexto. En realidad le importaba un bledo que él escribiera allí su nombre; lo que ella quería era verle cara a cara.

Vacilé un instante.

-¿Y por qué quiere verle?

-¡Por el amor que me hace sentir! -antes de que me diera tiempo a recuperarme de la agitación que en mí causaron aquellos sonidos, mi acompañante prosiguió-: ¿Es que usted no ha sentido Jamás deseos de contemplar el rostro de una persona? ¿Cómo iba a decirle tan pronto lo mucho que agradecía la oportunidad de contemplar el suyo? Tan sólo podía convenir de un modo genérico que eran lógicos tales anhelos y que a veces se cumplían; me daba cuenta de que en aquel momento crítico necesitaba de toda mi lucidez, de toda mi sabiduría.

-Oh, sí, me gusta estudiar las fisonomías- a continuación volví sobre un aspecto anterior de la conversación-: ¿Quiere decir que le apasionan los libros del señor Paraday?

-Para mí lo han sido todo; y más, si cabe. Me los sé de memoria. Se han adueñado enteramente de mi ser. No hay ningún autor por quien sienta lo que siento por Neil Paraday.

-Entonces permítame que le diga -repuse al punto- que se cuenta usted entre quienes están en lo cierto.

¿Entre los entusiastas? ¡Naturalmente que sí!

-No; hay entusiastas que están totalmente equivocados. Me refiero a que usted es de esas personas a quienes se les puede hacer una súplica.

[7] Washington y Schiller son nombres claros. Hannah More (1745-1833) es una escritora inglesa de tratados religiosos y educativos, muy popular en su tiempo.

-¿Una súplica? -se le iluminó el rostro como si se le brindara la ocasión de hacer un gran sacrifico.

Si estaba dispuesta a ello, lo tenía muy a mano y enseguida le indique cómo:

-Renuncie al desconsiderado propósito de verle. Váyase sin haberlo hecho. Eso será mucho mejor.

Pareció desorientarse; a continuación palideció ostensiblemente. -¿Por qué? ¿Es que carece de encanto personal?

Franqueza tan luminosa convertía a la muchacha en un ser terrible que suscitaba el impulso de reírse.

-«Personal» ¡Ah, qué palabra tan espantosa! -exclamé-; nos está matando y llegan ustedes las mujeres y la mencionan dándole un efecto mortífero. Cuando se encuentre con un genio de *la talla* de nuestro ídolo, líbrele del enojoso deber de ser también una personalidad. Conózcalo sólo por lo mejor que haya en él y en virtud de tan noble contenido, exímalo de todo lo demás.

La joven siguió mirándome confundida y con desconfianza. El resultado de su reflexión sobre lo que acababa de decirle fue un súbito estallido:

-Oiga, señor... ¿qué es lo que le pasa a Neil Paraday?

-Lo que le pasa es que si no tiene cuidado la gente le arrebatará una buena parte de su vida.

Recapacitó un momento.

-¿No está desfigurado?

-¡No!!

-¿Se refiere usted a que los compromisos sociales interfieren en sus ocupaciones?

-Eso sólo refleja pálidamente la realidad.

-¿De modo que no puede entregarse a su maravillosa imaginación?

-Le importunan, le molestan, le abruman so pretexto de aplaudirle. La gente cuesta con que les dé su tiempo, su tiempo de oro; y ellos a su vez no darían cinco chelines por un libro suyo.

-¿Cinco? ¡Yo daría cinco mil!

-Dele su comprensión; dele su renuncia. Las dos terceras partes de quienes se le acercan lo hacen sólo para darse tono.

-¡Vaya, qué lástima! -exclamó la muchacha con expresión angélica-. ¡Es la primera vez en mi vida que me llaman desconsiderada! -rió.

Aproveché la ventaja.

-Ahora está con él una señora que le ocasiona complicaciones tremendas y estoy seguro de que todavía no se ha leído diez páginas escritas por él.

La visitante abrió mucho los ojos, revelando mayor ternura.

-¿Entonces ella habla...?

-Sin parar. La menciono sólo como un caso aislado. ¿Quiere saber cómo puede mostrarse considerada en grado superlativo?

Limítese a evitarle.

-¿Evitarle? -se lamentó quedamente.

-No le obligue a que la tenga en cuenta; admírele en silencio, cultívelo desde lejos y aduéñese de su mensaje en secreto. ¿Quiere saber -proseguí entusiasmándome con mi idea- cómo puede rendirle un homenaje auténticamente sublime? -como ella seguía pendiente de mis palabras, añadí-: ¡Hágase el propósito de no verle nunca jamás y cúmplalo!

-¿Nunca jamás? -musitó patéticamente.

-Cuanto más se adentre en sus escritos tanto menos querrá hacerlo; se sentirá inmensamente reconfortada cuando piense en el bien que le hace.

A mí me miró sin resentimiento ni rencor y a la verdad que le expuse, con sinceridad, credulidad y pena. Más tarde me alegré al recordar que debió ver en mi rostro el vivo interés que me tornaba por ella.

-Creo que sé a qué se refiere.

-Bueno, yo lo expreso mal; pero me encantaría que me permitiera ir a verla... para explicárselo mejor.

No respondió a esto. Su mirada pensativa se posó en el grueso álbum, sobre el que enseguida puso las manos, como si fuera a llevárselo.

-Allá en el oeste yo les decía muchas veces a mis conocidos que más valdría que escribieran un poco menos para pedir autógrafos (a todos los grandes poetas, ya me entiende) y que estudiaran un poco más los pensamientos y el estilo.

-¿Y qué les importa el pensamiento y el estilo? Ni siquiera la entendían a usted. Yo mismo no estoy seguro de entenderla -añadí- y tal vez tampoco usted comprenda nada de lo que le digo.

La muchacha se había puesto en pie y se disponía a irse, y aunque yo quería que no viera a Neil Paraday, también quería, incongruentemente, que siguiera en la casa. En todo caso quedaba lejos de mi ánimo el deseo de apremiarla a que se fuera. Como la señora Weeks Wimbush seguía arriba; ocupada en salvar a nuestro amigo a su modo, le pedí a la joven que me permitiera relatarle brevemente, para ilustrar mi punto de vista, el nimio incidente de mi llegada al campo con ánimo de desempeñar un cometido profano y cómo, una vez allí, aquél adquirió un carácter sagrado. Nuevamente se sentó a escuchar, mostrando un profundo interés por la anécdota. Después pensó en ello con gravedad y exclamó con su curiosa entonación:

-¡Sí, pero el caso es que usted le ve!

Hube de admitir que así era; y no estaba preparado para ofrecer un atenuante todo lo eficaz que hubiera podido desear. Sin embargo ella alivió finalmente la situación con el encanto de su raro acento, diciendo:

-¡En fin, tampoco me gustaría que estuviera solo!

Esta vez se levantó decidida a irse pero la convencí de que me dejara quedarme con el álbum para enseñárselo al señor Paraday. Le aseguré que iría personalmente a devolvérselo.

-¡Bueno, encontrará la dirección en un papel que hay adentro! -dijo, suspirando con resignación ante la puerta.

VIII

Me ruboriza confesarlo pero aquel mismo día invité al señor Paraday a que transcribiera en el álbum uno de sus fragmentos más , característicos. Le referí cómo me había deshecho de la extraña muchacha que lo había traído (tenía un apellido ominoso: señorita Hurter[8], y vivía en un hotel), y asimismo me mostré enteramente de acuerdo con él en cuanto a la conveniencia de deshacernos con idéntica prontitud del libro. Por esta razón lo llevé a la calle Albermarle a la mañana siguiente. No encontré a la señorita Hurter, pero más tarde me escribió una nota y acudí nuevamente a verla; en la nota me decía que ardía en deseos de tener noticias de Neil Paraday. Puedo dejar brevemente constancia de que volví en repetidas ocasiones para transmitirle la información que deseaba. Se había tomado con inmensa seriedad mi idea de cuál era la mejor manera de rendirle homenaje a Paraday, y cuanto más pensaba en ello, mejor le parecía. Aquella idea había acabado por asumir a la señorita Hurter en un reparto de generosidad. Tenía verdaderos deseos de hacer por el escritor algo sublime; aunque yo me daba perfecta cuenta de lo difícil que era dar un paso así, ella agradecía el hecho de que mis visitas la mantuvieran al corriente. Sentía la obligación de conciencia de mantenerla al corriente y no descuidaba nada que contribuyera a hacerlo así. Fanny Hurter acabó por tener una idea de lo que significaba la independencia de nuestro amado escritor tan escrupulosa como la que tenía el propio Paraday. «Léale, léale», le repetía yo constantemente. Buscándole en sus obras, acabó convencida de que (como yo le aseguraba) ése era él sistema, según expresión suya, para abrirle los ojos.

[8] «hurter»: que hace daño, que hiere

Cuando yo encontraba tiempo lo leíamos juntos y nuestra conversación servía de alimento al sacrificio de aquella criatura generosa. Yo le hablaba de una veintena de mujeres egoístas y en ella se encendía una ira que realzaba su hermosura. Inmediatamente después de mi primera visita vino de París su hermana, la señora Milsom, y las dos damas iniciaron la presentación, como ellas decían, de sus cartas. ,, Agradecí a los astros que ninguna le fuera presentada al señor Paraday.

Recibían invitaciones y salían a cenar, y en alguna de aquella ocasiones Fanny Hurter pudo dar fe de su coherencia y de su conmovedora fidelidad al propósito que se había hecho. Absolutamente nada le habría inducido entonces siquiera a dirigir una mirada hacia el objeto de su admiración. Una vez, al oír que anunciaban el nombre de Paraday en una fiesta, salió al punto de la habitación en que se hallaba por otra puerta e inmediatamente se fue de aquella casa. En otra ocasión, estando yo en la ópera con las dos hermanas (la señora Milsom me invitó al palco que tenía), intenté decirle a Fanny quién era Paraday, que se hallaba en la platea, en vista de lo cual le pidió a su hermana que le cambiara el sitio y, mientras esta segunda dama devoraba al gran hombre sirviéndose de unos poderosos gemelos, ella se pasó el resto de la velada ofreciéndole a la sala su esbelta espalda. Atormentándola con ternura, la insté a que cogiera los prismáticos, comentándole lo asombrosamente cercana que se veía la noble cabeza de nuestro amigo. A modo de respuesta se limitó a mirarme, guardando un silencio acusador, dejándome ver que había lágrimas en sus ojos. Puedo decir que aquellas lágrimas produjeron en mí un efecto que aún perdura. Hubo un momento en el que me sentí en la obligación de hablarle a Neil Paraday de aquellas lágrimas; pero me disuadió el pensar que había otras cuestiones de mayor relevancia para su felicidad.

Lo cierto es que al final de la temporada dichas cuestiones quedaron reducidas a una sola: recrear, en la medida de lo posible, las condiciones que se daban cuando Paraday produjo lo mejor de su obra. Jamás podrían volver a darse todas aquellas condiciones, pues había un elemento nuevo que tenía gran importancia; pero quizá no fuera imposible reproducir algunas. Por encima de todo yo quería verle trabajar en el asunto tan admirablemente tratado en el bosquejo que me leyó cuando nos conocimos. Algo me decía que no estaríamos seguros a menos que él obrara así antes de que el nuevo factor (como solíamos decir en la oficina del señor Pinhorn) le diera al problema un giro imprevisible. Sólo me tranquilizaba a medias el hecho de que el borrador fuera lo suficientemente copioso y elocuente como para que, en el peor de los casos, de allí saliera un libro breve pero completo, un pequeño volumen que se convertía en objeto de adoración para los fieles del escritor. Vi anticipadamente que no habrían de faltar críticos que sostuvieran que el planteamiento de la obra era superior al tratamiento que se le daba. No obstante, mi impaciencia por ver que aquello tomaba forma aumentaba sin cesar a cada nueva interrupción. Al llegar a la ciudad, Paraday empezó a posar para que le hiciera un retrato un pintor joven, el señor Rumble, cuyo juego (otra de las expresiones que utilizábamos en la oficina del señor Pinhorn) consistía en subirse antes que nadie a los hombros de las celebridades. El estudio del señor Rumble era un circo en el que el famoso de turno (más aún si era mujer) saltaba a través de los aros de aquellos bastidores tan vistosos casi con la misma velocidad eléctrica con que saltaban sus nombres a los números extraordinarios de los periódicos y a los telegramas. Rumble hacía aparición en su espectáculo haciendo cabriolas a lomos de ellos; era un periodista del lienzo, Van Dyck puesto al día. Hubo un año clamoroso en el que la señora Bounder, la señorita Braby, Guy Walsingham y Dora Forbes proclamaron a coro desde los muros donde colgaban juntos sus retratos que no existía quien le llevara la delantera a Rumble.

Enseguida atrapó y ensilló a Paraday, que aceptó con su característico buen humor la insinuación confidencial de Rumble según la cual aparecer en su espectáculo era menos consecuencia que causa de inmortalidad. Desde la señora Wimbush hasta el personaje menos significativo, que vino para preguntarle cuáles eran sus doce platos favoritos, siempre se daba

ingenuamente por supuesto que a Paraday le encantaría la repercusión de sus palabras. En algunos momentos pensé que tal vez me hubiera resultado posible tener más paciencia con aquella gente si no se hubieran mostrado todos fatalmente benévolos. En todo caso le cobré odio al cuadro del señor Rumble y mi resentimiento contenido estuvo a punto de estallar cuando, más adelante, descubrí que la señora Wimbush había introducido a mi incauto amigo en la boca de otro cañón. Un joven artista por quien ella se sentía sumamente interesada y que nada tenía que ver con el señor Rumble se disponía a mostrarle al pobre Paraday lo lejos que era capaz de lanzarlo. A cambio, naturalmente, el pobre Paraday tenía que escribir en algún lado algo sobre el joven artista. La señora Wimbush manejaba a sus víctimas, haciendo gala de una habilidad admirable, engarzándolas de modo que se dieran impulso unas a otras; su teatro de operaciones era una máquina gigantesca en la que tanto los engranajes mayores como los más diminutos giraban accionados por el mismo árbol. Tuve una escena con ella en la que intenté explicarle que la misión de un hombre como Paraday consistía en ejercer su genio y no en servir de motivo pictórico de carteles publicitarios. Tal vez la gente que más me irritaba fueran los directores de revistas, que habían ideado lo que ellos llamaban innovaciones, y que sabían muy bien que de todas las innovaciones la más novedosa sería poner a Paraday al servicio de sus intereses, logrando que contribuyera con sus opiniones sobre temas vitales y que tomara parte en la cháchara periodística sobre el futuro de la prosa literaria. Yo estaba seguro de que antes de que finalizara nuestra relación me habría sido dado conocer prácticamente todos los registros de aquella jerga que me enfermaba; pero entretanto había otra cosa de la que estaba aún más seguro, y era de mi animosidad hacia las damas bulliciosas a las que él les llevaba el agua con que regaban sus parterres sociales.

Con la señora Wimbush disputé una batalla con motivo del artista objeto de su protección y otra con motivo de una cierta semana que al aparecer el señor Paraday había aceptado pasar con ella en el campo a finales de julio. Protesté contra aquella visita; indiqué que no se encontraba lo suficientemente bien como para recibir una hospitalidad exenta de matices, para recibir muestras de afecto exentas de imaginación; imploré para él la posibilidad de emplear aquel tiempo en reponer sus fuerzas. Sobre él se cernía un mes de agosto impregnado de una atmósfera asfixiante, cargado de promesas y fiestas onerosas, y le haría mucho bien un intervalo de descanso. Paraday no quiso decirme que volvía a encontrarse enfermo, que había recibido una advertencia; pero tampoco me hacía falta que lo hiciera y su reticencia me pareció el peor síntoma de todos. Lo único que me dijo fue que para restablecerse le vendría bien hacer algo distinto; cualquier cambio serviría, siempre que fuera una cosa tranquila; así quedaría todo descartado exceptuando lo que a él le importaba. Mucho me temo que habré presentado a mi amigo como mártir de una causa insignificante si no explico que se entregaba con mucha más generosidad de lo que yo lo entregaba. Casi siempre que hablaba de su extraño sino lo hacía como si se tratara de algo cómico: la tragedia sólo existía en los lentes que yo escogía para mirar. El veía los inconvenientes y, sobre todo, lo mucho a que renunciaba; mas ¿cómo hubieran podido sonarle a él las campanas que saludaban su aparición con timbre meramente elegíaco? La sagacidad y los celos eran cosa mía, él se quedaba con las impresiones y las anécdotas. Desde luego, en relación con la señora Wimbush, salí derrotado de mis encuentros, pues ¿no era el estado de salud del señor Paraday la única razón por la que iría a verla a Prestidge? ¿No iba a ser precisamente en Prestidge donde iban a mimarlo? ¿No iba a venir la querida princesa para ayudarle a mimarlo? La querida princesa, que estaba de visita en Inglaterra, pertenecía a una insigne casa extranjera y, metida en su jaula de oro, con su séquito de personas encargadas de su cuidado y protección, era el especimen más caro que había en la colección de aquella buena dama. No creo que su augusta presencia guardara relación con el hecho de que Paraday consintiera en ir, pero no es imposible que utilizaran al escritor como cebo para la ilustre extranjera. La señora Wimbush aseveró que se había elegido a las personas que acudirían pensando en él y todo el mundo contaba con ello, la querida princesa más que nadie. Si se lo permitía su salud, él les leería algo recientísimo y ante tal perspectiva fue por lo que la princesa puso todo su afán. Era tanta

la devoción que le inspiraban los genios, estaba tan acostumbrada a tratarlos y los comprendía tan bien... Era la mayor admiradora del señor Paraday, devoraba cuanto escribía. Y además él leía en voz alta como los ángeles. La señora Wimbush me recordó que le había concedido repetidas veces el privilegio de escucharle.

La miré un momento.

-¿Qué le ha leído? -pregunté con crudeza.

Ella me sostuvo la mirada otro momento y durante una fracción de segundo vaciló, y le subió el color:

-¡Oh, toda clase de cosas!

Me pregunté si se trataba de un recuerdo imperfecto o de una mentira perfecta y ella entendió muy bien mi comentario mudo sobre su manera de percibir aquellas cosas. Claro que si le resultaba posible olvidar la sublimidad de Neil Paraday, le era igualmente posible olvidar mi rudeza, y tres días después me enviaba un telegrama invitándome a formar parte del grupo que se reuniría en Prestidge. En esta ocasión sí que hubiera tenido motivos para inventar una historia sobre todo aquello a lo que yo había renunciado para estar cerca del maestro. Desde aquella elegante residencia dirigí varias misivas a una joven de Londres, una joven de cuyo lado partí, lo confieso, de mala gana y por quien, a fin de que ella pudiera seguir cumpliendo con su propósito de renuncia, mi partida se hacía necesaria. Se ha de añadir a la deuda de gratitud que ya tengo contraída con ella el que me permita transcribir de mis cartas unos pocos pasajes en los que se da cuenta imparcialmente de aquella estancia odiosa.

IX

«Supongo que debiera encontrarle gracia a lo que sucede aquí», escribí, «pero por lo que sea no me divierte. Antes al contrario, el pesimismo se adueña de mí y siento deseos de mostrarme cínico. Siento que se clavan en mi propia carne los clavos de latón que lleva el aparejo social de Neil Paraday. La casa está llena de gente que lo aprecia (como ellos dicen) horriblemente, y entre quienes su talento para hablar de nimiedades tiene un éxito prodigioso. .A mí también me deleitan sus nimiedades; ¿por qué entonces estoy resentido con estas gentes que parecen felices en medio de una complacencia exenta de maldad? ¡Misterios del corazón humano! ¡Abismos del espíritu crítico! La señora Wimbush cree que puede responder a esa pregunta y como mi falta de alegría ha acabado por agotar su paciencia, me ha permitido entrever sus sagaces conjeturas. Mi desasosiego tiene su origen en el egoísmo propio del amigo insincero. Quiero monopolizar a Paraday para servirme de él como trampolín. Mi intimidad con él es una pluma que adorna mi gorro; me confiere una importancia a la que yo no podría aspirar naturalmente, y si busco privarle de las expansiones sociales es porque me da miedo que el trato con gente más desinteresada le haga ver mis auténticas razones. Todas las gentes desinteresadas que están aquí son significados admiradores suyos, y por eso se les ha escogido cuidadosamente. En la casa tenía que haber lógicamente un ejemplar de su último libro, y en el recibidor me encuentro damas que se inclinan con gracia estudiada sobre el primer volumen. Aparto discretamente la vista y cuando echo la siguiente ojeada el libro de la vida ha desplazado aquel otro goce precario. Veo un círculo de personas departiendo amablemente o una pareja entregada a sus confidencias, en tanto el volumen yace abandonado boca abajo como si lo hubieran soltado instados por una coerción extrema. Muy pronto se lo encuentra otra persona y, viéndolo sumido en un aire de desolación pasajera, lo transfiere a otro mueble. Todo el mundo se pasa el día preguntándole a todo el mundo dónde está el libro, y todo el mundo le dice a todo el mundo donde lo dejó la última vez. Seguro que estará bastante sobado a la altura de la página veinte. Además tengo serias razones para pensar que se ha perdido el segundo volumen; han debido guardarlo en el equipaje de algún invitado que partía. Y sin embargo todos tienen la impresión de que entre los demás hay alguien que lo ha leído hasta el final. Por tanto se dará usted cuenta de que ese libro sublime ocupa buena parte

de nuestras conversaciones. ¿Entonces cómo se explica que en medio de tantos honores y distinciones aproveche la ocasión para decir que empiezo a entender el lúgubre proverbio de Gustave Flaubert que habla del odio hacia la literatura?[9]. De nuevo la remito a usted a la perversa constitución del hombre.

»La princesa es una mujer corpulenta que posee el físico de un atleta y la confusión de lengua propia de un *valet de place*[10]. Merced¸ a sus esfuerzos logra expresarse de un modo extraordinariamente limitado en muchísimos idiomas. Se ocupan de ella y le dan conversación grupos de personas que se van relevando, como si se tratara de una institución que va pasando de una generación a otra o de un gran edificio que tras haber sido confiscado sólo se entrega previa satisfacción de determinadas condiciones. Así como le será dado ostentar su propia corona cuando a su marido le llegue el momento de la sucesión, carece de gustos propios. Sus opiniones sobre cualquier asunto son insulsas, sin relieve, vulgares... seguramente las concibió en la noche de los tiempos, buscando que le durasen para poder repetirlas cuantas veces fuese necesario. Cuando se me permite escucharlas me da la sensación de que tendría que pagar una tarifa por ello. Le han enseñado cuanto es posible enseñar en este mundo y no ha comprendido nada; los ecos de su educación resuenan espantosamente como pasos precipitados (me refiero a cuando hace un comentario intrascendente) en el frío Walhalla de su memoria. La señora Wimbush se deleita con su ingenio y dice que no hay nada más encantador que oír cómo el señor Paraday estimula a la princesa a ejercerlo. Se le ha encomendado tal misión con carácter perpetuo y nuestro amigo me dice que tiene sobre él un efecto singularmente agotador. Todo el mundo empieza (al cabo de dos días) a rehuirla obsequiosamente y la señora Wimbush empuja una y otra vez a Paraday para que siga en la brecha. Ninguno de los usos- que he visto asignarle hasta el momento me irrita tanto como éste. Tiene aspecto de estar rendido y por fin me ha confesado que su condición le hace sentirse molesto; incluso ha llegado a prometerme que se irá directamente a su casa sin atender los últimos compromisos que le quedan pendientes en la ciudad. Anoche le sugerí que se fuera hoy, interrumpiendo bruscamente su visita, hasta tal punto estoy convencido de que se encontrará mejor en cuanto se encierre en su faro. Me dijo que eso es lo que le gustaría hacer, recordándome, no obstante, que la primera enseñanza que ha extraído de su celebridad es precisamente que no puede hacer lo que quiere. La señora Wimbush no le perdonaría jamás que se marchara sin que antes hubiera recibido la princesa todas las atenciones debidas. Cuando le digo que una ruptura violenta con nuestra anfitriona sería lo mejor que podía pasarle me da a entender que si bien su razón acepta tal perspectiva su coraje se retrae pesaroso. No guarda en secreto que la señora Wimbush le inspira un miedo atroz y cuando le pregunto qué daño puede hacerle que no le haya hecho ya, se limita a repetir que tiene miedo. Anoche me dijo: «No indague demasiado, basta con que crea que siento una especie de terror. ¡Qué extraño, siendo una mujer tan amable! De todos modos prefiero que se me rompa esa pieza de Sévres que tiene un valor incalculable antes que decirle que debo marcharme anticipadamente.» Son unos argumentos muy endebles pero algo de razón tiene y además paga el precio de su imaginación, que le permite ponerse (a mí se me haría odioso) en el lugar de los demás y le hace experimentar, incluso a su pesar, los sentimientos, apetitos y motivaciones ajenas. Inveterada e inequívocamente, cuando pone en marcha su imaginación, se perjudica. ¡Qué pena que tenga tanta! Además tiene una inteligencia desmesurada. Por añadidura, aún sigue pendiente la famosa lectura, que va a sufrir el retraso de un día para que pueda asistir Guy Walsingham. Al parecer esta eminente dama se aloja en una casa situada a

[9] «La gloria de Flaubert descansa en dos leyendas: el realismo de los hechos y el esfuerzo para escribir. De ahí el malentendido que el mismo escritor denunciaba cuando declaraba que escribía por "odio de los realismos" y que ha llevado a la crítica a establecer un juicio basado en la relación que mantiene la palabra con el objeto que designa.» P. Brunei et al., *Histoire de la literatura francaise*, vol. II (xix-xx siécles). París, Bordas 1972, página 491.

[10] Sirviente que se ponía temporalmente al servicio de los viajeros que visitaban una ciudad.

unas millas de distancia, lo cual, por descontado, significa que la señora Wimbush la ha anexionado por la fuerza. Va a venir dentro de un par de días. La señora Wimbush quiere que sepa cómo lee el señor Paraday.

»Hoy hace un día frío y húmedo y varios de los aquí reunidos, invitados por el duque, han partido en carruajes para almorzar en Bigwood. Vi como el pobre Paraday, cumpliendo órdenes, se embutía en el pequeño asiento supletorio de una berlina en cuyo interior ya estaban instaladas la princesa y nuestra anfitriona. Si no abren el cristal delantero, que queda a su espalda, tal vez sobreviva nuestro buen amigo. Tengo entendido que Bigwood es un lugar grandioso y glacial, donde todo es mármol y protocolo. Le deseo que salga bien parado de esta aventura. No encuentro palabras para decirle lo mucho que brilla, y cada vez más, la actitud que usted mantiene hacia nuestro escritor, en contraste con todo esto. Jamás hablaré gustosamente con esta gente de Paraday, pero no sabe el bien que me hace hacerlo con usted por escrito. Es agradable... me transmite calor, y en esta casa no encienden las chimeneas. La señora Wimbush se rige por el calendario, la temperatura se rige por las variaciones climáticas, las variaciones climáticas sabe Dios por qué se rigen, y la princesa se acalora con facilidad. Nada me proporciona calor si no es mi acritud, así que he salido a dar un paseo con paraguas para reactivar la circulación. Cuando vine, hace una hora, me encontré a Lady Augusta Minch, que estaba registrando el recibidor. Cuando le pregunté qué buscaba, me dijo que se le había extraviado una cosa que le había prestado el señor Paraday. Al momento verifiqué que el artículo en cuestión era un manuscrito y tengo el presentimiento de que se trata del noble borradorque me leyó hace seis semanas. Cuando manifesté la sorpresa que me causaba el que se hubiera descuidado con una cosa tan preciosa (casualmente sé que sólo tiene un ejemplar... con la caligrafía más hermosa del mundo) Lady Augusta me confesó que no se lo había dado él personalmente, sino la señora Wimbush, pues deseaba que su amiga le echara un vistazo como compensación por no poder quedarse a escuchar su lectura.

»-¿Se trata del texto que va a leer cuando llegue Guy Walsingham? -pregunté.

»-Ahora no esperan a Guy Walsingham sino a Dora Forbes -o Lady Augusta-. Creo que la esperan manaña temprano. En cuando a él, la señora Wimbush ya ha dado con su paradero y se está ocupando de avisarle por telegrama. Dice que él también tiene que estar presente en la lectura.

»-Me desconcierta usted un poco -repuse-; vivimos una época en la que se pierde uno con el género de los pronombres. Lo que está claro es que la señora Wimbush no cuida ese tesoro con todo el celo que debiera.

»-¡Pobrecilla, tiene que cuidar a la princesa! El señor Paraday le prestó el manuscrito para que le echara un vistazo.

»-¿Se lo dijo como si se tratara del periódico de la mañana?

»Lady Augusta se me quedó mirando fijamente... sin captar mi ironía.

»-A ella no le daba tiempo y por eso me brindó la ocasión de leerlo yo primero, porque desgraciadamente mañana me voy a Bigwood.

»-Y usted ha aprovechado la ocasión para perderlo.

»-No lo he perdido. Ahora me acuerdo... es muy estúpido que se me haya olvidado. Le dije a mi doncella que se lo diera a Lord Dorimont... o al menos a su criado.

»-Y Lord Dorimont se fue inmediatamente después del almuerzo.

»-Por supuesto que se lo devolvió a mi doncella... si no él, su criado -dijo Lady Augusta-. Seguro que no ha pasado nada. »La conciencia de estas gentes es como el mar en verano. No tienen tiempo para "echarle un vistazo" a un texto de valor incalculable; sólo tienen tiempo para andar tirándolo por la casa. Sugerí la posibilidad de que el criado, inflamado de un noble afán de emulación, se hubiera quedado la obra a fin de leerla. Entonces milady quiso saber si, caso de que no apareciera a tiempo para la sesión programada por nuestra anfitriona, no dispondría el autor de otra cosa que leer que pudiera servir igual de

bien. ¡Qué preguntas tan deliciosas hacen! Le indiqué sucintamente a Lady Augusta que no hay nada en el mundo que sirva igual de bien que lo que no cabe superar. Ante esto pareció sentirse un poco confundida y asustada. Añadí empero que de haberse extraviado el manuscrito nuestro pequeño círculo se ahorraría hacer un esfuerzo de atención. La obra en cuestión era muy larga; los retendría tres horas.

»-¡Tres horas! ¡Oh, la princesa abandonará antes del final –dijo Lady Augusta.

»-Creía que era la mayor admiradora del señor Paraday.

»-A mi entender lo es... es inteligentísima. ¿Pero de qué le sirve ser princesa...?

»-¿...si no tiene la posibilidad de ocultar la admiración que siente? -pregunté en vista de la vaguedad de Lady Augusta.

»De todos modos me dijo que le preguntaría a su doncella; confío en que cuando baje a cenar me encuentre con que se ha recuperado el manuscrito.»

X

«No se ha recuperado», escribí al día siguiente, «y además estoy muy inquieto por causa de nuestro amigo. En Bigwood cogió frío y, después de que se autorizara que encendieran la chimenea de su habitación, se echó un rato antes de la cena. Yo intenté convencerle de que se acostara y de hecho llegué a -creer que iba a conseguirlo; pero 'cuando me fui a arreglarme subió a verle la señora Wimbush, dándose el inevitable resultado de que cuando volví me lo encontré con todos los arreos y presto al combate. Tenía el rostro enrojecido y estaba febril, aunque lucía en el ojal una rara flor que a tal efecto le trajo la señora Wimbush. Bajó a cenar, pero Lady Augusta Minch se mostró muy retraída en su presencia. Hoy siente muchos dolores y la llegada de *ces dames*[11] (me refiero a Guy Walsingham y a Dora Forbes) no me proporciona el menor consuelo. A la señora Wimbush, sin embargo, sí, pues ha aceptado que siga en cama a fin de que mañana se encuentre bien y pueda atender a su auditorio. Guy Walsingham ya ha entrado en escena, así como el médico, que vino a ver *a* Paraday temprano. Aún no he visto al autor de *Obsesiones* pero, por supuesto, he tenido un momento a solas con el médico. Intenté que prescribiera el traslado inmediato de nuestro enfermo a su casa, quiero decir mañana o pasado; pero se niega en redondo a hablar del futuro. Reposo absoluto, calor y administración regular de un importante remedio son los puntos en que más insiste. El médico vuelve esta tarde y yo veré al paciente a la una, que es cuando debe volver a tomar la medicina. Me consuela un tanto tener la certidumbre de que no va a estar en condiciones de leer (esfuerzo nada conveniente para él ya antes de que ocurriera esto). Lady Augusta se fue después del desayuno, asegurándome que su primer cuidado sería tratar de dar con el manuscrito perdido. Me doy cuenta de que me considera un entrometido fuera de lugar y no es capaz de entender mi alarma, pero hará lo que pueda pues es una mujer de buen corazón. "Son todos hombres de honor. Eso fue precisamente lo que indujo a Lady Augusta a darle el manuscrito a Lord Dorimont, y lo que indujo a Lord Dorimont a guardárselo. De qué le sirve a él sólo Dios lo sabe. Tengo unos presagios negrísimos aunque, y no alcanzo a comprenderlo, me encuentro extrañamente ajeno a toda pasión... desesperantemente tranquilo. Cuando recapacito sobre los estragos inconscientes y bien intencionados de este círculo de gente tan sensible, inclino la cabeza en señal de sometimiento, como quien acepta un cataclismo natural, un cataclismo universal. Casi me siento indiferente, en realidad me hace sentirme muy alegre (¡ja! ¡ja!) la sensación de estar a merced del destino inapelable. Lady Augusta me promete que le seguirá la pista a tan precioso objeto y que me lo hará-llegar por correo cuando Paraday se sienta lo suficientemente bien como para leerlo en público. Lo último que sabe es que su doncella se lo dio al

[11] *estas señoras.*

criado de milord. Ni que fuera un ejemplar fascinante de *El Presupuesto Familiar*[12]. La señora Wimbush, que está al tanto del accidente, se siente mucho menas conmovida de lo que sin duda estaría de no hallarse en estos momentos su atención acompañada por Guy Walsingham.»

Más avanzado el día informé a mi corresponsal, para quien mantenía una especie de ario den, de que había como a aquel[l]a celebridad, que era una linda muchachita de pelo corto. Tenía un aspecto tan juvenil e inocente que si, como dijo el señor Morrow, preconizaba una mayor libertad de costumbres, no cabía la menor duda de que su victoria sobre los prejuicios debió conseguirla a una edad muy temprana. Me pasé casi todo el día rondanda la de Neil Paraday, pero desde el piso de abajo me comunicaron que, en Prestidge, Guy Walsingham fue un éxito. Al atardecer me di cuenta, no sé cómo, de que la victoria lograda por esta autora sobre los prejuicios era contagiosa y cuando se disgregó la concurrencia a fin de prepararse para la velada, tuve la certeza de que su postura había tenido una aceptación general. Me dio la sensación de que Dora Forbes, en quien pensé entonces, no tenía tiempo que perder. Antes, de la cena recibí un telegrama de Lady Augusta Minch. «Lord Dorimont cree haber olvidado manuscrito tren. Conviene indagar.» ¿Cómo iba yo a indagar, si es que debía interpretar sus palabras como una orden? Estaba muy preocupado y ahora también muy alarmado por Neil Paraday. Volvió el médico y vi con gran satisfacción que era una persona capaz y que se mostraba interesado. Se sentía orgulloso de que lo hubieran llamado para que se ocupara de un paciente tan distinguido, pero por la noche reconoció que mi amigo estiba gravemente enfermo. Se trataba de una recaída, un recrudecimiento de su • antigua enfermedad. No se podía ni pensar en moverlo: antes que nada era precisa ver sobre el terreno qué cariz tomaba su situación. Entretanto, a la mañana siguiente, había que ponerlo al cuidado de una enfermera. Llegó la mañana siguiente y mi buen amigo se sentía más aliviado; mi ánimo cobró tal alegría que casi me echo a reír cuando recibí el segundo telegrama de Lady Augusta: «Criado Lord Dorimont preguntó estación. Sin resultados. Conviene seguir indagando.» Estoy seguro de que me reí al recordar que se trataba del manuscrita sublime que casi ni le dejé señalar con el paraguas al pobre señor Morrow. Bien tonto fui: los treinta y siete diarios influyentes no- lo habrían destruido, sólo lo habrían publicado. Naturalmente no le dije nada a Paraday.

Cuando llegó la enfermera me hizo salir de la habiten, de modo que me dirigí a la planta baja. Antes que nada debería decir que en el desayuno la nueva de que nuestro brillante amigo se encontraba bien suscitó la complacencia general. La princesa comentó que sólo había que compadecerle porque se viera privado de la compañía de la seño- rita Collop. La señora Wimbush (cuyo talento para las relaciones mundanas nunca brilló más que en aquellos momentos en los que supo llevar con adusta dignidad aquel fallo en los fuegos de artificio que había desplegado) me comentó que Guy Walsingham le había causado una impresión muy favorable a Su Alteza Imperial. La verdad es que creo que todo el mundo se la causaba y que, como el mercado monetario o el honor nacional, Su Alteza Imperial era constitucional- mente muy sensible. No obstante se respiraba en el ambiente cierta alegría, un notorio bullicio que yo encontré ligeramente anómalo en una casa donde había un gran escritor críticamente enfermo. *«Le roi est mort. Vive le roi»*[13]. Me acordé de que otro gran escritor ya había tomado el relevo. Cuando volví a bajar, una vez que la enfermera se hito cargo de Paraday, me encontré a un extraño caballero merodeando por el recibidor, paseándose de un lado a otro por delante de la puerta del salón, que estaba cerrada. Era un personaje calvo y de te rojiza; tenía un gran bigote pelirrojo y llevaba unos bombachos llamativos: todas ellas características que

[12] *The Family Budget,* o *El Presupuesto Familiar:* no existe referencia alguna a revista de este título en los repertorios bibliográficos relativos a la época. Existen The *Family Herald, The Family Magazine etc.,* pero ni en Inglaterra ni enastados Unidte Parece haberse publicado ninguna con esta precisa cabecera.

[13] *El rey ha muerto, viva el rey.*

en con la idea que había hecho de Dora Forbes. Al cabo de un momento comprendí lo' sucedido: el autor de «Al Revés» acababa de tomar tierra en los soportales de Prestidge, pero sintió escrúpulos y no se atrevió a seguir adentrándose. Detecté sus escrúpulos cuando, ante un gesto suyo de advertencia, me detuve a escuchar. Oí una voz aguda que iniciaba una especie de cántico rítmico y misterioso. Había empezado la famosa lectura, sólo que quien ofrendaba el sacrificio era el autor de *Obsesiones.* El recién llegado me dijo al oído que en su opinión se estaba llevando a cabo algo que él no debía interrumpir.

-Anoche llegó la señorita Collop -dijo sonriendo- y la princesa siente avidez por lo *inédit*.

Dora Forbes enarcó sus pobladas cejas:

-¿La señorita Collop?

-Guy Walsingham, su distinguido *confrére*... ¿o debo decir su poderoso rival?

-¡Oh! -refunfuñó Dora Forbes, añadiendo a continuación-: ¿Cree usted que estropearé el acto si entro?

-¡Yo diría que nada puede estropearlo! -dije ambiguamente y me reí.

Evidentemente Dora Forbes captó el dilema; irritado, se retorció el bigote.

-¿Cree usted que debo entrar? -preguntó enseguida.

Nos miramos fijamente un momento; después le di expresión a un sentimiento de amargura que anidaba en mí. Lo expresé con un infernal «¡Entre!» Tras lo cual salí al aire libre, pero no tan deprisa como para no oír, al abrirse la puerta del salón, el decaimiento desconcertado de la retórica de la señorita Collop: seguramente se encontraría en pleno despliegue de su postura sobre la libertad de costumbres. Escritora extraordinariamente rápida, Guy Walsingham acaba de publicar un libro en el que describe cómo gentes amables que no han sido iniciadas experimentan el dolor de ver cómo se expone el genio de una novelista a un ridículo sin ambages; a aquellas personas les parece una nueva demostración de la desconsideración con que los hombres siempre han tratado a las mujeres. Es muy cierto que en la actualidad la señora Wimbush le estará dando un gran impulso a Dora Forbes y que éste se dedica a posar para que le hagan retratos jóvenes artistas protegidos de aquella dama. Y no sólo posa para el óleo sino también para el alabastro.

Lo que ocurrió en Prestidge más avanzado aquel día es sin duda historia contemporánea. Si la interrupción que sancioné caprichosamente casi constituyó un escándalo ¿qué decir de la dispersión general del grupo, que, siguiendo instrucciones del médico, se inició al atardecer? Fue un alivio oír sus instrucciones, por escaso que fuera el consuelo que iba a quedarme al final. Decretó en interés de su paciente que no se oyera ni un ruido en la casa y, por consiguiente, la disolución de los congregados. Pese a ser un insignificante médico rural, literalmente despachó a la princesa, la cual se fue con la misma premura que si hubiera estallado la revolución; Guy Walsingham emigró con ella. A mí se me permitió amablemente quedarme, cosa que tampoco se le denegó a la señora Wimbush. No le fue concedido tal privilegio a Dora Forbes, de modo que la señora Wimbush mantuvo temporalmente oculta a su última captura. Sin embargo aquello tenía tan poco que ver con la forma en que acostumbraba a tratar a sus amistades eminentes, que al cabo de un par de días se le agotó la paciencia y regresó con él a la ciudad en medio de una gran publicidad. El súbito empeoramiento de su desventurado huésped, que sobrevino la tercera noche, tras una breve mejoría, fue un obstáculo que le impidió verle antes de partir. Circunstancia sin duda afortunada, pues se sentía fundamentalmente decepcionada con él. No era ésta la actuación que esperaba de Paraday cuando lo invitó a Prestidge, ni tampoco cuando invitó a la princesa. Permítaseme que me apresure a añadir que ninguno de los despliegues de generosidad que han caracterizado el mecenazgo del intelecto y de otros méritos ejercidos por la señora Wimbush han acrecentado tanto su reputación como el hecho de que le prestara a Neil Paraday la más bella de sus numerosas mansiones para que muriera en ella. El escritor le sacó todo el partido posible a tan singular favor. Le vi hundirse día a día, entregándome a vagar a solas por los jardines y arriates desiertos. Su esposa no vino a verle, pero apenas reparé en

ello: mientras me paseaba por el lugar con el corazón rebosante de rabia, otra afrenta me consumía. Ante el hecho de su muerte tal vez recaería sobre mí la misión de sacar a la luz, de un modo sugestivo, con el mayor cuidado editorial, anotado, el precioso legado proyectado en su manuscrito. ¿Pero dónde estaba aquel preciso legado? ¿Nos habían de ser arrebatados autor y obra? Lady

Augusta me escribió diciéndome que había hecho cuanto estaba en su mano y que el pobre Lord Dorimont, que se había preocupado atrozmente, lo sentía muchísimo. No pude hablar del asunto con la señora Wimbush, pues no quería que me echara en cara que lo que yo quería era engrandecerme echando al público los despojos del señor Paraday. Ella había expresado su disposición de correr con los gastos de toda publicidad; siempre se mostraba dispuesta a hacer cosas así. La última de una serie de noches horribles, la noche anterior a la muerte de Neil Paraday, acerqué el oído a la cabecera de su lecho.

-Eso que le leí aquella mañana, ya sabe a qué me refiero. -¿Aquel día aciago en su jardín? ¡Sí!

-¿No servirá tal como está?

-Hubiera sido un libro extraordinario.

-Y es un libro extraordinario -musitó Neil Paraday-. Edítelo tal como está... que sea una edición cuidada.

-¡Lo será! -prometí apasionadamente.

Cabe pensar, ahora que él se ha ido, si la promesa me parece menos sagrada. Estoy convencido de que si se hubieran publicado aquellas páginas durante su vida hoy estaría enterrado en la Abadía de Westminster. He sido yo quien se ha ocupado personalmente de los anuncios, pero no se ha recuperado el manuscrito. Es imposible -y en todo caso intolerable- suponer que puedan haberlo destruido por maldad. Quizás por el azar de una mano ciega, o por causa de una ignorancia brutal, haya servido para encender fuegos de cocina. Toda suerte de accidentes estúpidos o ignominiosos asedian mi pensamiento. 'Mucho llevaría hablar de mi búsqueda sin desmayo del tesoro perdido. Por fortuna he encontrado un fiel camarada en la persona de una joven que cada día ve renovarse su indignación, que cada día sugiere una idea distinta para intentar encontrarlo, que todavía sostiene con fervor que el valioso objeto de nuestra búsqueda habrá de aparecer. A veces creo, por ella, pero en el fondo ya he perdido la fe. De todos modos, lo único que nos queda es seguir buscando y mantener la esperanza juntos. Tan firme lazo bastaría para unirnos estrechamente aunque no existiera otro vínculo que ya nos une.